

*Alberto Magno.*

XVI. En el capítulo IV de este mismo tratado hablé de la dulce muerte del sabio Alberto Magno.

*El B. Domingo el portugués.*

XVII. Este religioso dotado de una virtud extraordinaria murió el año 1500. Estando reunido el capítulo provincial suplicó Domingo á los padres con todo encarecimiento le exonerasen del oficio de prior; pero como tenían tan buen concepto de su virtud se resistieron y le manifestaron que no debía de sacudir el yugo que Dios le habia echado. En hora buena, dijo Domingo; no quieran compadecerse de mí; pero yo les aseguro que antes que pasen muchos dias, el príncipe de los pastores tendrá compasion y me quitará con la vida el oficio. Sucedió puntualmente como él habia pronosticado, porque al poco tiempo enfermó y murió. Antes se le apareció la Virgen santísima con su hijo en los brazos, le animó para aquel trance, le bendijo y desapareció. Despues de muerto visitó á uno de sus religiosos y le aseguró que vivia en Dios y con Dios.

*Francisco Retza.*

XVIII. Escribe Juan Nider que no se acuerda de haber conocido nunca á una persona mas amante de María que Francisco Retza, rector de la universidad de Viena de Austria. No pasaba jamás por delante de una imágen de la Virgen, ni oia pronunciar su dulce nombre sin rezar una Ave María. Todas sus rentas las empleaba en reparar las iglesias ó conventos dedicados á nuestra señora. Cuando era catedrático, los sábados empleaba á lo menos

la mitad de la leccion en alabanzas de María; lo cual hacia con tales sentimientos de ternura, que por lo comun se deshacia en llanto. Empleó doce años enteros en explicar en sus sermones los libros sapienciales, y no se le caian de la boca estas palabras de los mismos: Sus frutos son excelentes y purísimos. Cuando hallaba ocasion de hablar de la Virgen (que le era muy fácil), se extendia en ponderar las grandezas de esta reina incomparable. Escribió tres libros abultados sobre la salve. Mientras dejaba un libro y tomaba otro ó mudaba de lugar, rezaba el Ave Maria. ¿Qué puede esperarse de tal vida y de un amor tan cordial á la Virgen mas que un fin digno de la gratitud de la madre y de la devocion del hijo? Así fué con efecto, porque habiendo vivido ochenta y cuatro años en el recuerdo casi continuo de esta bondadosa señora entregó su espíritu en manos de ella el dia que la iglesia celebra su natiuidad. Cantaba la salve con tanta serenidad y alegría, que parecia un cisne que está para morir. Todos los asistentes quedaron contentos y consolados al ver que en esta vida tenia ya una fruicion anticipada de la gloria.

*El P. Santiago Bianchi.*

XIX. De este bienaventurado siervo de Dios, que murió el año 1501, se cuenta que en la noche de su nacimiento se vieron tres lunas en el cielo y en medio de cada una la figura de un religioso de santo Domingo. Al amanecer del dia siguiente un muchacho desconocido corrió por las calles de la ciudad exhortando á los otros á que fueran á la escuela, y como le preguntasen por qué hacia aquello, respondió: Porque esta noche han nacido unos maestros que se disponen á enseñar al mundo. Tuvo singularísima devocion á la Virgen, la cual para manifestarle cuánto le agradaba se le apareció ocho dias

antes de morir y le dijo que transcurrido este plazo moriría y que ella se le aparecería de nuevo para animarle al combate, como lo hizo.

*Santa Margarita de Hungría.*

XX. Ya he hablado antes de la devoción de santa Margarita, hija de Bela, rey de Hungría. Estando á los últimos la piadosa princesa, se le apareció la virgen María acompañada de innumerable multitud de santos y espíritus bienaventurados y despues de saludarla la coronó. Al mismo tiempo vió Margarita una escala, por la que le pareció que subia la Virgen y que ella la seguia paso á paso con indecible alegría por la corona de gloria que llevaba sobre la cabeza.

*Santa Aldegunda.*

XXI. Santa Aldegunda, abadesa de Maubeuge en Hainault, que toda su vida profesó una devoción ternísima á la virgen María, recibió de ella un testimonio de cariño maternal cinco dias antes de su muerte, porque estando su hermana santa Waldetrudes elevada en altísima contemplación vió venir á nuestra señora con una tropa de santos al aposento de Aldegunda y hacerle diferentes caricias: despues la convidó á seguirla y la llevó al cielo con singular regocijo. La gracia y la serenidad que Waldetrudes advirtió desde entonces en el semblante de su querida hermana, fué para ella una prueba de la verdad de la vision que habia tenido.

*Santa Maria de Oignies.*

XXII. El Salvador y su santísima madre visitaron con mucha frecuencia á santa María de Oignies durante

la larga enfermedad de que murió. Los ángeles estaban ordinariamente á su lado levantándola y volviéndola á acostar en la cama cuando era necesario. Poco antes de morir llena de indecible júbilo comenzó á cantar el *Magnificat* en honor de la reina del cielo, y sin duda los espíritus bienaventurados que estaban presentes, tomaron parte en el concierto. Acercándose la hora de la partida Jesucristo advirtió á su sierva preparase lo necesario para recibir la extremauncion y quiso estar presente con su santísima madre y los apóstoles: además con sus mismas manos le puso á los pies una preciosa cruz para que tuviese clavada la vista en ella, y con el mismo acompañamiento la condujo al cielo, donde fué recibida en triunfo y puesta en el número de sus esposas.

*Santa Clara.*

XXIII. Santa Clara, hija querida de S. Francisco y primera planta del frondoso vergel de donde se sacaron tantas almas santas para trasplantarlas al cielo, amó tan tiernamente á la virgen María á ejemplo de su seráfico patriarca, que mereció verla y ser consolada por ella antes de morir. Nuestra señora bajó acompañada de un coro de vírgenes, vestidas todas de blanco y con coronas de oro en la cabeza. La Virgen como reina iba en medio de ellas y llevaba una diadema imperial en que relumbraban las piedras preciosas. Su rostro despedia tal resplandor, que excedia el del sol. En este estado se acercó á la humilde sierva de Dios, y habiéndola abrazado estrechamente le dió el ósculo de paz y le infundió una fortaleza y un consuelo celestial. Todas las vírgenes que la acompañaban, rodearon el lecho de la enferma y le cubrieron con un paño de tela de oro, como que era el tálamo del esposo que habia de venir muy pronto á ver á la esposa y llevársela al cielo.

*Santa Lutgarda.*

XXIV. Santa Lutgarda que murió el año 1246, mereció también la misma gracia antes de su dichoso tránsito. La Virgen acompañada de S. Juan Bautista la convidó á las delicias de la gloria diciéndole: «Bastante has vivido en la tierra: los espíritus bienaventurados te aguardan y se gozan ya de verte en el cielo con ellos.»

*Santa Clara de Montefalco.*

XXV. Santa Clara de Montefalco que murió sesenta y dos años despues, recibió la misma merced, aunque de un modo diferente. Habiendo venido á visitarla un ángel de parte de la reina del cielo en su última enfermedad, ella tuvo valor para decirle que le suplicaba humildemente se sirviese manifestar á la virgen María cómo desfallecía de amor en este valle de lágrimas y cómo deseaba con ansia subir á la gloria para bendecirla por siempre así como á su amado hijo. La Virgen oyó benigna esta súplica; pero antes de llevársela á la gloria le concedió la gracia de que viese los cielos abiertos y á nuestra señora, que la esperaba con indecible ansia para introducirla en la mansion de los bienaventurados.

*La B. Dorotea.*

XXVI. Detras de estas vírgenes vienen algunas viudas de singular virtud. La primera será la B. Dorotea, polaca, que murió el año 1599. Esta santa mujer tuvo toda su vida una devoción imponderable á la Virgen, y desde la edad de siete años hasta la decrepitud ayunó á pan y agua todos los sábados. Un dia se le apareció nuestra señora y la animó á continuar en la práctica de

la virtud: de esta visita sacó Dorotea tanto provecho, que en adelante anduvo con extraordinaria velocidad por el camino de la virtud. Aunque vivía en un país extremadamente frío, no llevaba nunca mas que un sólo vestido con un capotillo; y era tal el fuego que interiormente la consumía, que muchas veces en el rigor del invierno sudaba la gota tan gorda. Esa era también la causa de que no sintiese los mayores calores en el estío. Un dia de santa Agueda vino á visitarla el Salvador con la Virgen su madre, en ocasión que era atormentada de un violentísimo dolor de estómago. El Señor por único lenitivo cogió cinco flechas muy agudas y plantándoselas en el corazón le dijo: «Mi querida hija Dorotea, quiero que así como yo padecí por tí, padezcas tú por mí.» En su última enfermedad fué también visitada por los mismos, y nuestro Señor tuvo la dignación de darle de comulgar con sus divinas manos.

*Santa Brigida.*

XXVII. Esta gloriosa santa atormentada por espacio de un año entero de la fiebre y de dolor de estómago recibió una visita de nuestro señor Jesucristo y de su santa madre. El Salvador vino expresamente para poner término á los trabajos de su sierva y cumplir la promesa que le había hecho de que moriría religiosa y madre del monasterio de Wasten fundado por ella. El mismo Señor le vistió invisiblemente el hábito y recibió sus votos añadiendo á mas que quería fuese trasladado su cuerpo desde Roma al monasterio susodicho. El dia anterior, seis antes de su muerte, la había visitado la Virgen santísima y la había aconsejado no se fiara de los médicos que aseguraban no moriría de aquella enfermedad, ni procurase alargar mas la vida con medicamentos corporales, porque ella la llevaría pronto á poseer otra mejor y eterna.

*Sor María de la Encarnación.*

XXVIII. Sor María de la Encarnación, monja lega de nuestra señora del Carmen y fundadora de las carmelitas en Francia, murió en Pontoisa el 18 de abril de 1618. Habia mantenido en vida tan íntimas relaciones con la Virgen, que no es extraño participase de sus bondades á la hora de la muerte. Durante su última enfermedad hizo pintar al pie de la cama una imágen de nuestra señora, que fué para ella origen de muchos consuelos. Varias veces se deshacia en llanto mirándola, y estos celestiales sentimientos se retrataban en su semblante inflamado y en sus ojos centellantes. En la fuerza de su éxtasis hablaba tan clara y eficazmente de las grandezas y excelencias de la reina del cielo, que fácilmente se conocia de dónde sacaba sus discursos. La vista sola de aquella imágen regocijó de tal suerte su corazón en medio de sus trabajos, que rogó encarecidamente á la priora del convento que á toda religiosa que se hallase en el artículo de la muerte, se le presentara la sagrada imágen.

*D. Fernando de Portugal.*

XXIX. Bien merece figurar entre tantas almas santas D. Fernando, príncipe de Portugal y una de las joyas mas vistosas de la corte santa. Murió en el año 1445 y en vida y en muerte mostró que nada tomaba mas á pechos que el servir á la Virgen. Todos los sábados y visperas de las festividades de nuestra señora ayunaba á pan y agua á mas de las vigiliias de Jesucristo y de once santos de su especial devoción. Poco tiempo antes de morir vió á la Virgen en un trono muy alto rodeado de muchedumbre de santos y espíritus bienaventurados.

El arcángel S. Miguel, de quien fué muy devoto, era uno de los principales, y postrándose delante de María santísima la suplicó humildemente librase á aquel su siervo de las miserias de esta vida y le llevase á su compañía. Apenas habia acabado de decir esto, cuando san Juan evangelista hizo la misma súplica y añadió que era digno de entrar á las bodas del cordero, porque la túnica de su alma no se habia manchado jamás con ninguna culpa, y si se le dejaba mas tiempo en medio de la malicia del siglo, podria caer del estado en que se habia mantenido hasta entonces con tanta diligencia. La Virgen no podia negar una petición tan justa, hecha por dos príncipes de los mas inclitos del cielo en favor de un hijo suyo. En el instante mismo le echó una ojeada maternal y prometió solemnemente á toda aquella compañía que antes de concluir el dia estaria entre ellos Fernando. Desde entonces este príncipe singularmente querido de Dios y digno de serlo de todos los hombres no cesó de implorar la asistencia de la Virgen y sus otros tutelares, hasta que entregó su alma en manos de aquella á quien habia amado tan cordialmente.

*S. Félix de Cantalicio.*

XXX. Tras de este príncipe esclarecido pondré á un fraile lego, tan rico en virtudes y méritos, como pobre y humilde de estado: hablo de S. Félix de Cantalicio, capuchino, que murió en Roma el 18 de mayo de 1587. Su devoción á la Virgen era tan conocida en dicha ciudad, que se le reputaba por uno de los siervos mas fieles de nuestra señora. A mas de ayunar en honor de ella desde la octava de S. Pedro y S. Pablo hasta la Asunción, como hacia su padre S. Francisco, ayunaba á pan y agua todas las visperas de sus festividades, las que celebraba con tanta piedad, que las muestras exteriores descu-

brian bien el gozo de su alma. Cuando iba á pedir limosna (cosa que hizo por espacio de cuarenta años hasta la decrepitud), llevaba siempre el rosario en la mano y le rezaba por las calles con tanta devocion como si hubiera estado en su celda ó en la iglesia. A veces el fuego celestial que abrasaba su pecho era tan grande, que tenia que interrumpir este piadoso ejercicio. Un dia entre otros le aconteció sentir interiormente un incendio tan violento, que corrió en derechura al altar á pedir á la Virgen le diese su hijo para calmar aquellos ardores. Nuestra señora se apareció inmediatamente y se le puso en las manos; lo cual le causó tanta dulcedumbre, que temió se derritiese su corazon. En la enfermedad de que murió, le visitó nuestra señora, asegurándole que habian concluido sus trabajos y que era llegado el tiempo de que fuese á tomar posesion de la gloria y bendecirla á ella y á su amado hijo. Imagínese quien pueda el contento que Félix recibiria con tan grata nueva, la cual le dispuso para volar al cielo.

*El P. Francisco Suarez.—El P. Francisco Costere.*

XXXI. Creo tener alguna obligacion á la memoria de los PP. Francisco Suarez y Francisco Costere y de Alfonso Rodriguez, á quienes he puesto mas arriba en el número de los siervos mas devotos de la Virgen que la compañía de Jesus ha enviado al cielo. La madre de misericordia no dejó de probarles á la hora de la muerte cuán agradables le habian sido los servicios de aquellos sus fieles hijos. El P. Suarez entregó su alma al Criador con tan extraordinarios sentimientos de ternura y gozo, que no se hartaba de repetir que nunca hubiera creído fuese la muerte tan dulce y tan descansada como experimentaba entonces. Así es que decia con mucha frecuencia estas palabras del real profeta: «Aguardo con

santa impaciencia, mi Dios y mi Señor. Oh Dios de las virtudes, mi alma ama tus tabernáculos.» Con estas y otras semejantes aspiraciones manifestaba los afectos de su abrasado corazon. El P. Costere, mientras le administraban los santos sacramentos, exclamaba repetidas veces: ¡Oh qué gozo! ¡Oh qué contento! Despues de recibirlos hizo le leyesen el salmo *Qui habitat*, donde se declaran los rasgos de la adorable providencia de Dios sobre los que saben confiar en ella, y á medida que le leian cada verso, aseguraba que todo se cumplia en él. Al llegar á estas palabras: *Yo le llenaré de muchos años*; dijo: Esto se ha efectuado en mí, que por la misericordia de Dios he vivido ochenta y ocho años sin enfermedades de ninguna especie. A las últimas palabras: *Yo le mostraré mi salud*; dijo: Eso es lo que me falta y lo que espero con confianza y devocion. Como alguno de los asistentes añadiese que Dios le otorgaria tambien aquella merced para colmo de todas las demás, repuso: No lo dudo. Así el fiel siervo de Maria espiró con estos dulces sentimientos y entre los abrazos invisibles de su bondadosa madre. Alfonso Rodriguez, que habia pasado toda su vida y especialmente los siete últimos años en los penosos ejercicios de los trabajos y amarguras, recibió como don de su amabilísima madre tres dias de serenidad despues de una tormenta tan larga. En todo ese espacio de tiempo estuvo arrobado en dulcísimo éxtasis, que le transformó casi en un ángel por su hermosura: al cabo abrió por última vez los ojos claros y brillantes como dos luceros y besando amorosamente el crucifijo pronunció estas dos palabras: ¡Ah! Jesus; y entregó á Jesus y á Maria, á quienes llamaba sus dulcísimos amores, su espíritu inundado ya en las delicias del cielo.

XXXII. Vuelvo á decir, porque es cosa que no se puede repetir bastante, que es una gracia imposible de

comprender en la tierra el recibir con gusto la muerte y todas sus pertenencias, cuando los demás se impacientan y disgustan, y partirse riendo cuando los otros se estremecen y horrorizan, cantar mientras los otros lloran, y tener el ánimo alegre y el semblante sereno cuando todo amedrenta y espanta. Pero pronto tendrán estas buenas almas otros ojos y otras luces para ver que están infinitamente obligados á la reina del cielo, y otros sentimientos para darle gracias por siempre jamás.

§. III.—Cómo la Virgen santísima prepara á los suyos contra la sorpresa é incertidumbre de la muerte.

I. Es necesario morir, y así está decretado irrevocablemente: este es, si se quiere, el fin de las miserias de la vida presente y el principio de la felicidad del hombre. Pero si supiéramos el día de nuestra partida, este conocimiento podría servirnos para aprovechar el tiempo, dar de mano á todos los cuidados, echar nuestras cuentas y estar prontos para cuando sonase la última hora. ¿Qué utilidad redundará á Dios de sorprendernos y venir cuando menos lo pensamos, como hace el ladrón nocturno? ¿Qué ventaja saca de nuestra perdición y ruina por haber sido cogidos de improviso?

II. Así discurre el limitado entendimiento humano sin levantar más alto su pensamiento; pero Dios, cuya sabiduría es infinita y cuya adorable providencia tiene otros móviles, pretende por esa incertidumbre no sorprendernos (porque eso repugna á su inmensa bondad), sino contenernos siempre en los límites de nuestro deber y del respeto á su divina majestad. Este freno es enteramente necesario á los malos, que nunca acabarían de ofenderle si tuvieran limitado el tiempo de su vida, y el conocimiento de su última hora no produciría en ellos otro efecto que una licencia desordenada de darse

á toda especie de pecados con una vana esperanza de convertirse á Dios en el instante postrero. En cuanto á los buenos les basta saber que lo ha ordenado así su padre, y dispuestos siempre á partirse cuando él quiera, dicen con el santo Job: Me llamarás, y yo te responderé: me alargarás la mano como un buen padre, y yo me dispondré á seguirte como un hijo obediente. Tal sumisión á su voluntad no puede menos de agradarle extraordinariamente y de ser muy provechosa á los que la practican.

III. Sea como quiera, la madre de piedad lo compone de modo que los suyos no sean sorprendidos jamás, porque temprano les inspira la máxima fundamental del estado espiritual de que por nada en el mundo ha de vivir uno ni siquiera un instante en situación en que no quisiera morir: les da cierta conciencia que no puede compadecerse mucho tiempo con el pecado; y como está encargada de dirigirlos á su fin con medios convenientes para conseguirlo, á medida que se acercan más, ella aumenta sus favores y la luz interior que tienen, despierta su fervor y les da secretas advertencias de la mudanza que ha de obrarse en ellos. Con respecto á los que son suyos por un amor cordial y una absoluta confianza, creo firmemente que hay muy pocos á quienes no avise antes el tiempo de la partida ó á lo menos les haga conocer que se aproxima. En los capítulos precedentes he presentado varios ejemplos, y aquí podría presentar otros muchos; pero me contentaré con citar algunos para consuelo de los fieles siervos de esta reina amabilísima.

*La doncella Musa.*

IV. Refiere S. Gregorio en sus Diálogos (1) que la

(1) Lib. 4, cap. 17.